

Flores rotas:

la parábola del padre ausente

Jorge Reza Alva

Jorge Eduardo Reza Alva
Egresado de la carrera de Relaciones Industriales de la UIA Laguna, donde colabora actualmente en el área de Planeación. Incluido en la antología *Acequias de cuentos*.

Ha escrito Luis García Orso, SJ: «El cine con que arranca el siglo veintiuno proyecta en la pantalla un fenómeno social que creemos toma de nuestra realidad y a todos nos incumbe: la imagen del padre ausente... Parecería que, según nuestros cineastas, la otrora privilegiada figura paterna se va desvaneciendo y aun desapareciendo de nuestro medio, mientras la mujer va teniendo cada vez más relevancia».¹

Con lo anterior como encuadre, quiero compartir algunos comentarios sobre la más reciente película del director norteamericano Jim Harmusch: «Flores rotas» (*Broken flowers*, EEUU/ Francia, 2005).²

La trama de la cinta es muy sencilla: Don Johnston (Bill Murray entrado en años) es un magnate de la computación, mujeriego irremediable y soltero incombustible. Se encuentra cómodamente instalado en su residencia cuando recibe una carta anónima que vendrá a alterar sus planes.

La carta en cuestión es de color rosa y está escrita a máquina con tinta roja. En ella se le revala la existencia de un hijo que estará próximo a cumplir 19 años. Ese mismo día, su pareja (una fugaz Julie Delpy) lo abandona. Pero Don contará con el ánimo e impulso de un vecino amigo y emprenderá así un largo viaje en busca de su hijo.

Para el logro de su cometido, Johnston debe visitar a cuatro de sus antiguas amantes. Durante el periplo hace un recuento de lo que ha sido su relación con las mujeres: de la pasión va al odio, de la

soledad a la frustración y al olvido. En su horizonte nunca aparece el amor.

Al presentarse con la gente como «Don Johnston», lo confunden de manera simpática con «Don Johnson» (el popular actor de la serie «Miami Vice»), la confusión no es gratuita si se recuerda que Johnson en la vida real cultivó el éxito, fue un galán mujeriego y terminó abandonado por su mujer.

Volviendo al film, en algún momento el protagonista define sus dos pasiones en la vida: «las computadoras y las mujeres». Recordé de inmediato lo dicho por un joven amigo: «el mío es el típico papá de Tampico: mujeriego y ausente».

Un color -un instinto- considerado típicamente femenino guiará a Don en la búsqueda de aquel muchacho a quien no conoce y que no se le parece («es tímido e introvertido», le han dicho).

Bill Murray (el otrora «Caza fantasmas») me recordó a Michael Caine («Siete crímenes»): entre más viejo se vuelve, mejores actuaciones brinda.

Al concluir el viaje, Don regresa a su ciudad, al mismo sitio, al punto de partida. Sin embargo él ya no es el mismo: «Has realizado un largo viaje para llegar hasta el viajero», reza un antiguo poema.

Ya no lo vemos recluso en su residencia, ahora se encuentra al aire libre y ve en cualquier joven a su propio hijo. 

Notas

¹ Luis García Orso, SJ, «Una guía para ver el cine», UIA León, México, 2006.

² Ganadora del Premio del Jurado en el festival de Cannes.